

Desde el Merkaz Shoresh de Hejalutz Lamerjav en Córdoba, queremos darles la bienvenida a este acto de Yom Haazikaron, en recuerdo de las víctimas y los caídos en defensa del Estado de Israel.

Los invitamos entonces, para comenzar, a mirar a mis espaldas, donde a lo largo del tekez se irán proyectando los nombres y fecha de deceso de los conmemorados de los últimos 15 años. No sé si algún nombre les llamará la atención, si conocen su historia, si, por más que ya no lo recuerden, escucharon sobre ellos cuando su muerte fue noticia. Lo que sí sé, es que en este momento sus nombres pasan frente a nuestros ojos en silencio, apareciendo y desapareciendo, uno tras otro. Todos podemos vislumbrarlas por un breve momento, a esas identidades, esas vidas que fueron recopiladas para ser leídas por unos segundos, una vez por año. Y sí, sus familiares y amigos recordarán estos nombres todos los días, y a los nombres les pondrán rostros, y a esos rostros una historia. Pero no es fácil contar esas historias, transportarlas a través del mundo, por los recónditos caminos de la sociedad, dándoles un lugar en las ajetreadas vidas de nosotros, los que no los conocimos. Y son muchas historias, se los aseguro. No hay una sola por persona. Son muchas oportunidades perdidas para que esas personas lleguen a nuestros oídos por sus palabras, por sus gustos, por lo que los hacía sonreír. Son historias que se cortaron, que se marcaron a fuego por su final y no por su desarrollo. Lo que fueron, son y serán, corre un serio riesgo de transformarse en esto que sigue su curso a mis espaldas: nombres con una fecha que define su historia, desvaneciéndose antes de poder prestarles verdadera atención.

A pesar de esto, nos encontramos acá, recordando. Porque todos sabemos el vital papel que juega la memoria ante la injusticia. Porque todos queremos rendir homenaje a las víctimas del odio y el terror, a las historias destrozadas por la violencia, a las identidades hundidas por el peso de una trama más que compleja. Y ante todo esto, podemos sentirnos intimidados, sin respuestas claras ante una situación que nos afecta directamente, tanto como miembros del mismo pueblo como debería por ser seres humanos. Conscientes de una realidad, pero dudosos ante nuestras opciones para cambiarla. Porque como en una sociedad en crisis las armas duplican su poder y su influencia, nosotros debemos darnos cuenta que hoy contamos con el arma más poderosa, capaz de remodelar la historia y diseñar el futuro. Nosotros- y cuando digo nosotros hablo por todos los que estamos presentes- contamos con el arma que nos va a permitir entender nuestro camino hacia la paz. Contamos con la educación.

Porque es gracias a la educación que existe la memoria colectiva, porque gracias a la educación existen la transmisión y el debate, la discusión y la solución pacífica. Gracias a la educación, alimentamos la curiosidad, aprendemos del mundo y de nosotros, y aprendemos del otro. Comprendemos que nuestra historia es única, pero no la única. Entendemos que yo siento, y que el otro también. Gracias a la educación, podemos enseñarle al otro que yo existo, que tengo mi historia, mis sueños, mi identidad, y darnos cuenta que el otro también. Y explicar que no queremos un mundo de oídos que no escuchan y nombres que se desvanecen a mis espaldas. Gracias a la educación, puedo ser yo y respetar y entender al otro. Gracias a la educación, puedo tener pensamiento crítico y empatía.

Tal vez sintamos que llegar a otra persona es difícil, es un trabajo que toma horas de esfuerzo y una pasión sin límites. Es verdad. Y también es cierto que no todos los ámbitos son sencillos para educar. Y encima de todo esto, tal vez sintamos que aparte tenemos otros problemas, que el mundo sigue girando a pesar de sangrar, que los tiempos apremian y las oportunidades se resbalan. Y es verdad. Pero por alguna razón estamos todos acá. Por alguna razón, para bien y para mal, estamos cientos de educadores, y otros cientos de educandos conmemorando a los caídos, a los borrados que no nos permitimos olvidar. También, por algo, suceden estos horrores, y aún estamos lejos de tener la educación necesaria para comprender por qué sucedieron y suceden. Pero yo creo desde lo más profundo que solamente vamos a comprenderlo el día que podamos dar un paso al costado de la intolerancia y la apatía, de la violencia como solución y de la ignorancia como excusa.

Realmente creo que hoy estamos reunidos acá porque, desde las distintas historias de cada uno de los presentes, entendemos que participamos de un espacio de educación que puede darnos ese empujón extra hacia nuestros sueños de un mundo mejor. Y les aseguro que esto será posible si entendemos nuestra responsabilidad por educar buscando la curiosidad, enseñando a perdonar y apoyar, dando el ejemplo siendo los prójimos que deseamos conocer, a siempre buscar aprender un poco más. Cada paso que demos hacia el pensamiento crítico y la empatía, es un paso hacia dejar, de una vez por todas, de seguir sumando nombres que desaparecen a nuestras espaldas.

Muchas gracias, jazak ve'ematz.

*Federico Teitelbaum Dorfman*

*Buenos Aires, 7/5/2017*